

LUIS JOCHAMOWITZ

EL

# DESCUARTIZADOR DEL HOTEL COMERCIO

y otras crónicas policiales





# **EL DESCUARTIZADOR DEL HOTEL COMERCIO**

y otras crónicas policiales





LUIS JOCHAMOWITZ

---

EL

---

**DESCUARTIZADOR  
DEL HOTEL COMERCIO**

---

y otras crónicas policiales



Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

## **EL DESCUARTIZADOR DEL HOTEL COMERCIO**

y otras crónicas policiales

© 2022, Luis Jochamowitz

Corrección de estilo: Sue Ellen Gora

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño  
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar  
Lima, Perú

**[www.planetadelibros.com.pe](http://www.planetadelibros.com.pe)**

Primera edición: junio 2022

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-08-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional  
del Perú N.º 2022-04248

Impreso en Litho Mass Arte S. A. C.

Calle Nicolás Copérnico N.º 236, San Miguel

**Lima-Perú, junio 2022**

*Nada más grueso que la hoja de un cuchillo  
separa la felicidad de la melancolía.*

VIRGINIA WOOLF



---

# NOTICIA

---

Las historias de este libro son reales o, al menos, eso se dijo en su momento. Por lo demás, no hay nada inverosímil en ellas, salvo, quizá, su tosca ingenuidad. He omitido, en general, referir las fuentes: harían más engorrosa la lectura. Las referencias están en las colecciones de *El Comercio*, *La Crónica*, *Variedades* y *Mundial*, entre 1910 y 1935, aproximadamente. Unos pocos centímetros de papel son todo lo que queda de los grandes crímenes. Los periodistas, es decir, aquellos que escriben rápido y todos los días acerca de la inalcanzable actualidad, se encargan de contar estos actos desproporcionados, lo suficiente para ser olvidados por escrito. He puesto atención en todos los implicados: el criminal, la víctima, el que cuenta el crimen y el que lo lee. Este último a veces parece ser el verdadero animador de los hechos. La curiosidad morbosa de los lectores dura pocos días, pero renace una y otra vez, y, por momentos, su presencia invisible pero ansiosa se siente como la respiración en la nuca de alguien que lee nuestro periódico.

La reconstrucción de los hechos entre saltos y lagunas, el encumbramiento repentino de un individuo a sola condición de que abjure de todo miedo o esté tan aterrado que sea capaz de cualquier cosa, su fabricación periodística a partir del menor detalle, su conversión a veces en pura mitología y, por último, el olvido final en medio de la mayor indiferencia son algunas de las reglas de este juego que los encargados llaman «comisión».

Todo el tinglado descansa naturalmente sobre los hombros de nuestros primitivos criminales, hombres que, como es de suponer,



tenían grandes limitaciones. Estamos en la edad de piedra del crimen. No es que no corra la sangre o no se roben los caudales, es que todo ocurre casi al azar, sin un plan, sin más premeditación que el día siguiente. Entre algo más de dos docenas de asesinos, ladrones, asaltantes de caminos, estafadores, pistoleros y otros, apenas tres o cuatro logran escapar. Mueren en total una treintena de personas, la mayoría, inocente, impremeditadamente. Con esos materiales era casi inevitable que los cronistas del crimen se sintieran frustrados. «Por fin —escribió Clemente Palma cuando se encontró con un descuartizador— tenemos en nuestro medio uno de esos crímenes horripilantes que son moneda corriente en Londres, Nueva York, Berlín o Chicago». Por lo demás, contar estos casos no era tarea especialmente honrosa para los encargados. Era trabajo remunerado, aunque, en muchas redacciones de la época, eso podría ser relativo, pospuesto o intermitente.

El público lector de periódicos otra vez parece el ganador en este torneo de aprendices. Su inocencia y ductilidad sería la delicia de cualquier época posterior. Son los albores de la industria cultural de la noticia. Quien compraba un diario tenía, al menos, cuarenta y cinco minutos para leerlo. En cuarenta y cinco minutos son enormes las cantidades de estupefacientes que se pueden introducir. Tantas que hasta el cereal Ovomaltine quería acrecentar sus ventas asociándolas a una racha de suicidios.

En cuanto a la violencia empleada, ese momento de furor que parece el corazón de la noticia policial, las soluciones halladas parecen ahora casi benignas. Ni siquiera el revólver ha terminado de imponerse y disputa duramente su lugar con el cuchillo, el palo y la piedra. Los móviles son modestísimos: un corte de tela, un bolsillo lleno de monedas, la libreta de ahorros de una jubilada del Estado. En su inocencia se retratan las ambiciones de los protagonistas, que son las de su tiempo. El crimen, como se sabe, es autobiográfico.

También se presta a comentarios personales. Yo iba por las tardes a la hemeroteca, y en las noches me entretenía con estas historias. Las escribí en unos pocos meses; solo una —«Un cuerpo en dos maletas»— fue escrita muchos años después y es la primera vez que se publica en un libro. ¿Los hechos ocurrieron en la conciencia de los que los vivieron, o en la de quienes los leen muchos años después? Si fuera lo primero, este libro está lleno de escrúpulos, ni siquiera los criminales disfrutaban la vida sin frenos. Pero, si es lo segundo, estas historias están llenas de oportunidades. Me gustaría que, consideradas en su conjunto, se lean como un libro de aventuras.

L. J.

Bujama Alta, abril de 2022

---

# EL ASESINO IDEAL

---



© Variedades

*«Seguramente, es el homicida más estudiado en la historia de la república. Resultó que Alejandrino era un “braquicéfalo neto”, un “bizigomático”, un “platirrino exagerado”, un “daltónico moral”».*

Un crimen solo es un crimen, pero, a veces, por caminos misteriosos, o no tanto, el autor gana notoriedad, despierta la atención del público, se apodera de su imaginación y crece asombrosamente hasta convertirse en alguien que concierne a todos. Nacido de un día para el otro, como un hongo venenoso en medio de la madera podrida, el criminal irradia un halo de maldad que aterriza y atrae al espectador más inocente. La destrucción es su creación; de sus manos pueden salir eventos prodigiosos. Acerca de un feroz homicida que llenó de pánico a la ciudad de Londres en 1811, Coleridge observó «el poder enorme que en un instante hace suyo cualquiera que logre abjurar de todos los frenos de la conciencia, si al mismo tiempo no siente ningún temor». La historia se repite: de pronto, en el turno indiferenciado de los días, la obra de un criminal despierta un interés inusitado. La gente se asusta y entretiene con estas cosas, cada mañana trae una novedad. Los policías, los médicos, los abogados, hasta los lectores de periódico se enfrascan en deducciones probatorias. El menor detalle puede esconder un indicio de valor universal. Entonces, un crimen ya no es solo un crimen, se ha convertido en un asunto personal, nos hemos topado con un espejo.

Aclaremos siquiera esto, a propósito de Alejandrino Montes, la encarnación de ese acto que a nadie deja indiferente y que consiste en matar a otra persona, en su caso, a dos. Lo que hizo es simplemente inconcebible en cualquier parte del mundo, pero en ese lugar y en ese momento, lo verdaderamente inquietante era ser la persona que era, un sirviente tímido y solitario, un cholito. «Un cholito de menos de

mediana estatura, de rostro dulce, de aquellos que uno califica al verlos de mosquita muerta». Al amanecer de un día domingo, Alejandrino se transformó en «un caso portentoso de criminalidad precoz, un predestinado del crimen», «el límite de la perversidad humana».

En una noche eliminó a sus patrones con una determinación y simplicidad que heló la sangre de sus contemporáneos. Con sus diecisiete años cumplidos, el doméstico de la casa número 8 de la calle Condesa era alguien tan insignificante que resultaba invisible. Hasta la noche del sábado en que estaba predestinado a nacer para el crimen con una obra de consecuencias devastadoras. En una noche se convirtió en el autor de un doble homicidio (primer agravante), alguien que había transgredido las normas humanas, sobre todo, las naturales entre amos y criados (segundo agravante). Por último, cuando fue atrapado, no mostró la menor señal de arrepentimiento y, en cambio, describió su crimen con ligereza y hasta con inocencia (tercer e intolerable agravante).

Todo por «un día de penas», gritos, carreras, mandados. Al final de la tarde, Alejandrino se sentó en el comedor a hacer letras. Su patrón, don Germán, lo descubrió y lo sacó de inmediato y a cocachos del lugar. La cocinera de la casa dijo que él y su hermana Fabiana «a veces recibían un jalón de orejas, pero siempre justificado». A las ocho, don Germán salió a dar su vuelta nocturna, mientras doña Eloísa recibía su lección de piano. Interrogada al día siguiente, la maestra recordó vagamente haber notado una sombra que se movía en la penumbra de la sala, como merodeando o escuchando la música.

A las nueve de la noche sonó el reloj del comedor, la maestra cerró el piano y se despidió. La casa en completo silencio era una invitación al sueño. Doña Eloísa se vistió con un camisón de hilo blanco y se acostó. Segundos antes de cerrar los ojos escuchó unos pasos que se acercaban. Con solo sentirlo se perdía la paciencia. Es cierto que ese muchacho tenía el raro don de despertar la irritación

del prójimo. Lo llamaban ladino, pero era algo vago que inquietaba a los demás. Alguien que lo estudió con mucho detenimiento —Óscar Miró Quesada, Racso—, que conversó con él durante muchos días en la cárcel, percibía en su forma de caminar «la atmósfera ficticia que lo rodea, como la constante emanación de su persona, sus pies tocan el suelo sin hacer ruido, como las patas de los gatos».

Los pasos llegaron a su destino y doña Eloísa apenas sufrió un instante. La delgada espada de marino que colgaba en la sala como un adorno inofensivo le atravesó suavemente las carnes del pecho. Alguien que vivía en la casa de al lado dijo que esa noche escuchó una voz de mujer que clamaba perdón; el vecino aguzó los oídos, pero solo siguió el silencio. El espadín quedó en el sitio y el muchacho bajó a la sala a esperar a su patrón. Una hora más tarde llegó don Germán. Apenas tuvo tiempo de colgar su sombrero, probablemente, ni siquiera notó que Alejandrino se acercaba con un martillo en la mano.

En los días siguientes, el estupor fue tan intenso que no permitió sacar conclusiones claras. Ante el «crimen alarantísimo», la sociedad se dividió en dos: una parte se sintió agredida, la otra no podía ser sino victimaria. Los primeros descubrieron con espanto que existía en el aire «un profundo sentimiento de rebeldía y odio para los que tienen posición y hacienda». Los segundos no leían los diarios, pero, según sus potenciales víctimas, estaban ganados por un sentimiento desmoralizador, tenían «la idea general y absurda de que en este país todos roban y todos delinquen». Se habían removido algunos fondos oscuros.

El fugitivo es el criminal en su estado ideal. Mientras huye, puede encarnar todas las ilusiones del público. Alejandrino fugó hacia el Callao, quería abordar un barco que hiciera escala en Supe. Mientras deambulaba solitario por el puerto, los diarios se llenaron con historias sobre su vida y obra. De él se decía que era primo hermano de Luis Pardo, el famoso bandolero; que era un amante de la literatura

—«aunque en su concordancia manifiesta predilección por la intrincada construcción de la gramática de la sierra»—; que era un verdadero devorador de novelas policiales, libros que con su murmullo insidioso inspiraban los peores actos; en suma, que estaba «conformado orgánicamente para el crimen», pues «el menudo y endeble Alejandrino es un perfecto erótico».

Tres noches durmió en la banca pública de un parque del Callao, hasta que finalmente fue detenido casi por casualidad. Seguramente, él tampoco leía los diarios, no se había dado cuenta de que él, natural del distrito de Chiquián, provincia de Bolognesi, había desalojado de la primera plana local a todos los muertos de la batalla de Sedán. De todas maneras, si hubiera leído los diarios, no habría entendido a los más eminentes jurisconsultos, que tenían alguna docta opinión sobre su caso. Uno insistía sobre el «efecto de balanza» que se puede obtener con un brazo humano, esa arma mortífera con la que viene al mundo todo nuevo Caín; otro citaba en un párrafo a Lombroso, Garófalo, Esquirol, Pinel y Tardieu, todo el panteón de la criminología. Un tercero reconstruía los hechos como si le pertenecieran y, en el momento preciso, describía al sirviente, «cuya faz tendría irradiaciones infernales».

Más práctica, la gente común quería atrapar al malvado. «Es grande —decía un diario— el número de aficionados a pesquisas que se han presentado en la Intendencia solicitando ser autorizados para emprender por su cuenta las investigaciones que juzguen convenientes». Alguien que firmó «un lector de Conan Doyle» envió una carta a un diario narrando ufanamente su experiencia: siempre se había preguntado si las teorías de Holmes tenían aplicación práctica; decidido a averiguarlo, se encerró en su escritorio con todos los diarios y después de un frío análisis arribó a determinadas conclusiones que, veinticuatro horas después, eran compartidas por los sabuesos de la



Intendencia. «Según parece —concluía el lector de Conan Doyle—, la fantasía es hermana gemela de la realidad».

En realidad, no tanto. Lo que atrae a estos lectores curiosos son ciertas señales —una mancha en el piso, los ruidos que escuchó un testigo involuntario, los pormenores que nadie imaginó— que pueden guardar el secreto de una muerte misteriosa. El asesino ideal está un paso adelante, sabe algo que todos ignoran y siempre puede sorprender.

Insignificante e indefenso, Alejandrino emergió como el gigante que la imaginación pública había edificado mientras estaba prófugo. «La fantasía popular —escribió Racso— no abandona fácilmente su presa, no tolera que la realidad destruya sus creaciones y, sobre todo, que el misterio desaparezca». El día de su traslado a Lima, una muchedumbre lo aguardaba en la estación del tren. Un reportero que estaba presente habló de «un extraño silencio» cuando el asesino apareció por la puerta del vagón. Otro comentó que «el espectáculo que ofrecía el criminal avanzando por entre la muchedumbre hostil era algo terriblemente sugestivo. El asesino proseguía sereno, imperturbable, sonriente, con un gesto de absoluta indiferencia paseaba la mirada glacial sobre la multitud de espectadores que le veían con avidez y repugnancia».

Alejandrino Montes reapareció muchas veces, su juicio fue seguido con interés y hasta con apasionamiento. Se escribieron varios ensayos médicos sobre él. Seguramente, es el homicida más estudiado en la historia de la república. Resultó que Alejandrino era un «braquicéfalo neto», un «bizigomático», un «platirrino exagerado», un «daltónico moral».

Lástima que también fuera un muchacho tímido y nervioso que adoraba a su hermana menor, la pobre Fabiana, acusada también como cómplice. Alejandrino resultó un muchacho delicado y melancólico al que le gustaba escribir. Algunos párrafos de su «cuaderno de apuntes»

pueden resultar conmovedores: «Un hombre de tres colores bestido dentro del ceno de su madre se lo comió vivo su padre, como son las cosas del mundo, son las más terribles..., hermanitos de la casa».

Probablemente, el que mejor llegó a comprenderlo fue Óscar Miró Quesada. Sin embargo, hubo un momento en que la relación entre ambos se hizo insostenible, a causa de lo que los psicólogos llaman «transferencia negativa». Buscando una salida al punto muerto, una tarde, Racso se presentó en su celda con alguien que hablaba quechua. El resultado fue sorprendente. En castellano, Alejandrino hacía «el efecto de una persona conversando en la oscuridad [...], pero cuando habla en quechua se anima extraordinariamente, como si recibiera en el rostro la intensa claridad de un proyector poderoso o la cálida alegría de los rayos del sol».

Pero no hubo sol ni claridad. Fue sentenciado a quince años de prisión y no pudo soportar el encierro. Trasladado al manicomio, murió poco después sin haber cumplido su condena. De su hermana Fabiana no se sabe nada.